



asuntos
públicos
— .cl



Centro de estudios del desarrollo

f /asuntospublicos

@ced_cl

Novedades

10/04/2017

Política

Política democrática y hablar veraz

03/04/2017

Economía

Crisis y estancamiento. Para salir de la mediocridad

29/03/2017

Política Sectorial

Legislación Nacional Sobre Seguridad Privada en Países de América del Sur. Parte III

24/03/2017

Política Sectorial

Legislación Nacional Sobre Seguridad Privada en Países de América del Sur. Parte II

17/03/2017

Política Sectorial

Legislación Nacional Sobre Seguridad Privada en Países de América del Sur. Parte I

10/03/2017

Economía

Situación financiera de los inmigrantes

Acerca de

Este informe ha sido preparado por el Consejo Editorial de asuntospublicos.cl.

©2000 asuntospublicos.cl.
Todos los derechos reservados.

Se autoriza la reproducción, total o parcial, de lo publicado en este informe con sólo indicar la fuente.

Informe 1286

Política

10/04/2017

Política democrática y hablar veraz

Eduardo Saffirio Suárez¹

"La palabra pública se ha convertido en una lengua muerta"
Manuel Valls, citado por Rosanvallon

Según el filósofo canadiense, Charles Taylor, la esfera pública es un espacio común donde los miembros de la sociedad se encuentran, a través de una cierta variedad de medios de comunicación (impresos, electrónicos) y también en reuniones cara a cara para discutir asuntos de interés colectivo y, de este modo, ser capaces de formar una opinión compartida sobre ellos².

Taylor, citando a Habermas, señala que al aparecer la opinión pública - durante la modernidad- se buscó que esta fuera reflexiva; emergiera de la discusión y reflejara un consenso activamente producido. Ella es lo que hace posible que una sociedad pueda tener un gobierno representativo, donde impere la ley y se garanticen derechos fundamentales y ciertas libertades básicas.

En este último sentido la opinión de Taylor es convergente con lo escrito por Giovanni Sartori en su análisis de la teoría democrática. Según este último autor, la representación electiva propia de este régimen político, es un medio para hacer posible el gobierno de la opinión, tanto en la formación de este como en las políticas que se impulsan. En efecto, en la democracia contemporánea las elecciones cuentan las manifestaciones individuales de voluntad y realizan el cómputo de las opiniones. Por ello es tan clave saber de dónde viene y cómo se han formado las opiniones en cuestión. Si ellas no han sido libremente formadas, simplemente nos encontraríamos ante "un rey de cartón", un soberano sin opinión propia³, sino que impuesta. Enfrentado al análisis de lo que denominó *video poder*, Sartori reforzó la necesidad de racionalidad, reflexividad y autonomía en la formación de la opinión pública: opinión del público sobre la *res pública*, pero no heterodirigida por la manipulación de imágenes⁴.

¹ Abogado. Cientista Político. Miembro del Directorio CED.

² Taylor, Charles. *Argumentos Filosóficos*. Paidós. Barcelona. 1997. Página 337.

³ Sartori, Giovanni. *¿Qué es la Democracia?* Taurus. México. 2008. Páginas 71-72 y *Teoría de la Democracia*. Tomo 1. Alianza Editorial. Madrid. 1988. Capítulo V.

⁴ Sartori, Giovanni. *Homo Videns*. Taurus. México. 2008. Páginas 73-76.

Las reflexiones anteriores de Taylor y Sartori debieran ser consideradas en nuestro país, pues la esfera pública en Chile lleva años de deterioro, incentivando la crisis de la política y dificultando avanzar hacia una democracia de calidad.

Hoy nos parece evidente que, pese a que en 1990 recuperamos la democracia política, carecemos, incluso en sectores completos de la industria de las comunicaciones, de fuentes plurales de información, requisito básico, según Dahl, para este tipo de régimen político⁵. Pero lo anterior no es el único problema. Actualmente, en el mundo entero se desarrolla una tendencia muy fuerte hacia la sociedad o civilización del espectáculo, muchas veces como reacción al tedio y al aburrimiento vital. Recientemente esto ha sido resaltado, por ejemplo, por Mario Vargas Llosa⁶. Por ello, si todo gira en torno al entretenimiento de audiencias crecientemente incívicas, no hay demasiado espacio para el debate y los análisis reflexivos de problemas públicos complejos.

Esta espectacularización de la vida social se extiende, entonces, también a la política. Su impacto en la selección de las élites políticas -ya no solo en la agenda pública y su tematización- hará que pronto podamos también hablar en nuestro país de una "bancada de la farándula", si las cosas siguen como van.

Por otro lado, las esperanzas puestas en el desarrollo tecnológico y su enorme potencial para democratizar la información, parecen a estas alturas una ilusión⁷. Ello, porque lo que se nos aparece día a día es más bien su lado negativo y sus peligros: tribalización de la comunicación, donde fanáticos de un lado y otro sólo están en contacto entre sí; crecimiento exponencial de las mentiras y de la información falsa -la llamada eufemísticamente pos verdad-; efecto perverso de radicalización, casi hasta la histeria, sobre medios y políticos de la trampa del "activista intenso", vociferante pero muy lejano al sentir y pensar del ciudadano común⁸; potenciamiento hasta la náusea del viejo fenómeno de la demagogia política y, al límite, el riesgo de la pulverización de la esfera pública, donde desaparece, no solo la veracidad, sino que el sentido de lo común⁹.

Al problema descrito se suma la dura constatación que, pese a la tragedia que significó la pérdida de la democracia en 1973 y los 17 años de dictadura, en los dos grandes bloques políticos la posibilidad de la alternancia democrática -y/o sus consecuencias- no solo no es aceptada como algo probable, rutinario y legítimo, indivisible de las características del gobierno *pro tempore*¹⁰, sino que radicaliza los estilos de competencia electoral y el discurso agresivo o demagógico en parte importante de sus integrantes.

Y ello ocurre porque se ha impuesto una visión, una lógica y un estilo de la actividad política que no augura nada bueno para el régimen democrático chileno si prosigue la escalada de simplismo e intolerancia que nos inunda. La democracia exige comportamientos que no destruyan la confianza en los políticos, los partidos y las instituciones. Juan José Linz ha señalado como conductas indeseables, por ejemplo, la agresividad

⁵ Dahl, Robert. [La Poliarquía](#). Tecnos. Madrid. 1989, y [La Democracia](#). Ariel. Madrid. 2012.

⁶ Vargas Llosa, Mario. [La Civilización del Espectáculo](#). Alfaguara. Madrid. 2012.

⁷ Hay visiones más optimistas sobre el impacto de las nuevas tecnologías de la información en las democracias, por ejemplo, Cotta, Mauricio, Della Porta, Donatella y Morlino, Leonardo. [Scienza Politica](#). Il Mulino. Bolonia. 2008. Páginas 254-258.

⁸ Dahl, Robert. [Análisis Político Actual](#). Eudeba. Buenos Aires. 1985. Página 120. Colomer, Josep. [Ciencia de la Política](#). Ariel. Barcelona. 2017. Páginas 143 y 150-152. Ello sin perjuicio de la importancia para la legitimidad del régimen democrático de lo que ocurre con las creencias de los activistas políticos.

⁹ Capano, Giliberto, Piattoni, Simona, Rainolo, Francesco y Verzichelli, Luca. [Manuale di Scienza Politica](#). Il Mulino. Bolonia. 2014. Página 282.

¹⁰ Linz, Juan José. "Algunas reflexiones en torno al triunfo y futuro de la democracia". En: [Obras Escogidas 4](#). Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. Madrid. 2010. Página 549.

excesiva; la injustificable falta de respeto al adversario; la apelación a los instintos más bajos del electorado, a prejuicios y a odios; la descalificación como corruptos o contrarios a los intereses nacionales de todos los competidores y el engaño sistemático a los votantes¹¹.

No son aceptables, entonces, ni las tesis del “desalojo” del poder de los oficialistas, ni las campañas del terror a consecuencia de un eventual cambio de gobernantes.

Pero, si la política es solo obtener y mantener el poder –y no también saber dejarlo y/o conseguirlo por medios limpios- la competencia por el voto, el estilo de gobierno y la manera de hacer oposición, hace inviable el mínimo de amistad cívica necesario para construir una democracia de calidad.

En nuestro país, se da incluso la paradoja que, mientras se plantea la posibilidad de un rediseño institucional hacia el semi presidencialismo –tipo de gobierno que contempla como algo probable nada menos que la cohabitación en un Ejecutivo dual de los dos grandes bloques de un sistema político, normalmente de centroderecha y de centroizquierda-, los fanáticos de ambos lados consideran que converger en una decisión legislativa común es traición o entreguismo. Y ello al margen de juzgar la decisión convergentemente adoptada en su propio mérito. Lo anterior es, además de una incoherencia flagrante, un rechazo a ultranza a la cooperación política mínima.

¿Qué tiene que ver lo anterior con el hablar veraz y su necesidad para la república democrática? Releyendo a Pierre Rosanvallon, nos parece evidente su vínculo. En efecto, en su libro *El Buen Gobierno* este intelectual francés nos señala la imposibilidad de que democracias desafiadas por la desconfianza y la desafección puedan enfrentar dichos desafíos cuando la palabra pública gira en torno a un hablar falso o hueco. Nos recuerda que la *parresía* –la libertad de palabra- en la Grecia democrática, remitía a un “imperativo de franqueza, de palabra directa, de ausencia de cálculo en la expresión y en el diálogo con el otro” y que nada menos que el mejor orador de la antigüedad –Demóstenes- encarnó esas características de quienes buscan la persuasión racional contra los sofistas que solo quieren seducir, halagar y manipular al *demos*.

Rosanvallon nos señala también que un destacado periodista y revolucionario del siglo XVIII, Camille Desmoulins, escribió que lo que caracteriza al republicano es la franqueza del lenguaje.

Según Rosanvallon, la batalla por el hablar veraz se libra hoy en tres terrenos: 1) en el rechazo de la mentira y la sanción de los impostores, cualquiera sea su signo ideológico. No es necesario relevar la pertinencia de lo anterior en una época en que ya se comienza a hablar de posverdad, y no solo en Estados Unidos; 2) la crítica del monólogo, que lleva a la guerra de trincheras que promueven los fanáticos de un lado y otro del espectro político. También pertinente para nosotros lo chilenos, dada la incapacidad creciente de escucharnos, condición previa para poder comunicarnos a través de la palabra –eso significa *dia logos*-, y; 3) no caer en el lenguaje de las intenciones, que es puro voluntarismo e irresponsabilidad política pues niega la realidad, con los límites y restricciones que ella siempre impone a los decisores, sean estos de derecha, de centro o de izquierda. Lo anterior, en un año electoral, nos debiera obligar a estar atentos, particularmente, a los futuros programas de precandidatos a primarias y/o candidatos a la presidencia y al parlamento. Ello porque en política no basta con la buena voluntad, si es que se quieren enfrentar de verdad los complejos problemas de una sociedad que, contra lo que se diga, tiene hoy día un per cápita, calculado

¹¹ Linz, Juan José. *Op.cit.* Páginas 548-549.

por poder de compra, que es el más alto de América Latina, donde además lidera el Índice de Desarrollo Humano¹².

Que en política no basta con las buenas intenciones seguramente habría sido compartido nada menos que por Carlos Marx y Max Weber. El primero cuando alertaba a la izquierda contra los "alquimistas de la revolución", que eran puro voluntarismo y ninguna consideración a las condiciones objetivas. El segundo, cuando en la Alemania derrotada de la primera posguerra, le recordaba a los jóvenes universitarios de la época "lo decisivo no es la edad, sino la educada capacidad para mirar de frente las realidades de la vida, soportarlas y estar a la altura".

Por todo lo anterior, estamos en presencia de un desafío mayúsculo para el conjunto de la sociedad chilena. Como es evidente, en primer lugar para los actores políticos y para los medios de comunicación social, pues lo que necesitamos construir es una nueva cultura cívica como paso previo a la solución de complejos problemas políticos. Ello supone veracidad como condición *sine qua non* al abordaje de la agenda pública.

No es posible que los debates económicos versen recurrentemente sobre el Imacec mensual, cuando la comisión Ramos nos muestra el estancamiento, por más de una década, de la productividad; el capitalismo mundial está experimentando una crisis global, de mayor duración, incluso, que la de 1929; los países más grandes de América Latina entran en recesión y la amenaza proteccionista viene hoy día, nada menos, que del centro hegemónico norteamericano.

Tampoco es razonable que semanal o mensualmente, el tema de debate político recaiga sobre lo que señalan encuestas con bajísima confiabilidad técnica y ética, y centradas en la popularidad de determinados precandidatos, mientras el estilo populista se impone en Estados Unidos y amenaza a las democracias europeas. Todo ello en un país donde está cuestionada la actividad política, el marco constitucional, la fortaleza del sistema de partidos, la probidad del parlamento y, en consecuencia, el abstencionismo electoral es alto y creciente.

Ni la mendacidad cotidiana y sistemática en el espacio público, ni la demagogia desatada entre actores políticos que reducen el mundo al blanco y negro y se tratan como enemigos, van a permitir recuperar las confianzas mínimas a partidos, liderazgos e instituciones cuestionadas fuertemente por la sociedad, dado lo que se ha conocido, se investiga y, esperemos, se sancione sobre las tenebrosas relaciones entre política y dinero durante más de 20 años de democracia.

En Chile, el camino para dignificar la política no es fácil. Supone, al menos, veracidad y rigurosidad de los medios de comunicación social, de los encuestadores y, evidentemente, de dirigentes políticos y de activistas, aunque el precio a pagar en el corto plazo sea abandonar el poder o no conseguirlo. De lo contrario el efecto del desprestigio sistémico seguirá siendo devastador en los niveles de participación electoral y en la calidad de los gestores y decisores públicos. En síntesis, en Chile hay que construir otra cultura cívica y cambiar drásticamente las malas prácticas en la esfera pública. Pero ello no será fácil en el tóxico escenario actual.

12 Ver: [http:// http://hdr.undp.org/sites/default/files/HDR2016_SP_Overview_Web.pdf](http://hdr.undp.org/sites/default/files/HDR2016_SP_Overview_Web.pdf)